

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Lo mataron colgándolo de un madero.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Vuestra vida está con Cristo.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Se han llevado del sepulcro al Señor.*

Las lecturas de hoy parecen querer llenarnos de impaciencia por saber lo que ha ocurrido y lo que nos ocurrirá. Están llenas de referencias a un presente misterioso y sugerente con efectos inmediatos sobre quien asiste a su desenlace y queda tocado de algo que le hace ser distinto y participar, ya, de sus consecuencias. La vida comenzó con la semana literaria del Génesis, en la que cada día surge algo nuevo, comenzando por la luz. Aquella vida parece haber terminado con la muerte de Jesús, cuando el sol se oscurece y las tinieblas se adueñan de la tierra.

Pero, una semana nueva comienza al día siguiente. De nuevo se abre paso la luz, un nuevo amanecer ilumina el mundo, un nuevo sol da una vida nueva que se transmite a quienes participan de la amistad de Jesús. Mujeres amigas, discípulos y comunidad. Todos se transmiten y contagian algo que abre el rostro a la sonrisa y alegría. Antes de este anuncio todos íbamos al sepulcro llenos de miedo y tristeza, porque el futuro estaba ahí adentro y presagiaba podredumbre y fin de nuestra realidad llena de aspiraciones y anhelos. Ahora, el sepulcro se ha convertido en el paso natural hacia otra Vida, otra cosa, que no sabemos explicar, pero que ya cambia nuestro modo de vivir aquí y de entender esta historia natural de un mundo que, afortunadamente, se acaba para dar inicio a otro Mundo y otra Vida.

Mejor noticia no podíamos esperar. Hasta nos cuesta creer que sea de veras. Con frecuencia buscamos información allí donde saben poco de las cosas de Dios y acabamos sospechando que se trata de un invento más de los poderosos de este mundo. Pero el relato evangélico nos despierta de esa sórdida sospecha y afirma que los poderosos intentaron sobornar a los testigos oculares de esa victoria que nunca revistió la espectacularidad que los humanos requerimos para los grandes acontecimientos.

La resurrección de Jesús es la afirmación rotunda de su divinidad. Una vez cumplida su tarea como Hijo de Dios, encarnado en la humanidad que María le facilitó al dejarse penetrar por el vigor de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo, Jesús después de haber consumado la misión que el Padre le había confiado, culmina con su resurrección el éxito definitivo sobre el peor enemigo de Dios: la muerte.

El Jesús resucitado, el Hijo de Dios e hijo de María, es la garantía de que la vida vuelve a ser el destino de la humanidad y nadie podrá manipular en su propio o ajeno beneficio este regalo inmenso que Jesús hizo a la humanidad entera. La fuerza de esta resurrección, de esa participación en la propia vida de Dios, no la controlan los poderosos de este mundo sino el mismo Espíritu de Dios que habita en el corazón de los hombres.

Siendo este Espíritu de Dios puro don, continua permanentemente dándose a todos aquellos que quieren recibirlo sin más condiciones que la aceptación gozosa de lo que Él brinda: ser motor e impulso vital de nuestra actividad humana. Creer en la resurrección de Jesús es un regalo de Dios, no es una obligación que podemos contraer a cambio de renunciar a nuestra libre y razonable decisión.

La Resurrección de Jesús tiene algunas consecuencias impactantes que Pedro en su discurso de hoy, y Pablo en la carta que, hoy también, nos llega, resaltan y subrayan: Que el perdón de Dios ya nos ha llegado. Su anuncio de un Dios Padre, lleno de ternura y compasión, se comprueba que no era una ilusión religiosa o una promesa política para quedar bien. Estamos, ya, perdonados. Su perdón nos lo ha traído Jesús y sus amigos y discípulos debemos ser testigos y anunciadores. No nos lo podemos guardar, porque condenamos al mundo a sentirse agobiado y angustiado por el peso de la culpa que nos han acostumbrado a cultivar y engrandecer. Ya no somos fiscales guardianes de la Ley. Somos hijos, libres y liberados. Hay que vivir así.

Que la fe en esa otra Vida que nos trae Jesús y que nos ha llenado de alegría, nos ha cambiado ya. Y los grandes cambios se notan en el modo de vivir. Al enamorado en que tiene un tono vital distinto. Al agraciado de la lotería en que habla de otra manera. Al diagnosticado como sano, porque parece comenzar a vivir de nuevo. Al aprobado en su asignatura pendiente, porque le han quitado un gran peso. La liberación de nuestro propio peso de angustias existenciales, de impotencias diarias, de anhelos frustrados, de fragilidades sentidas ante algo tan insignificante como un virus, de plenitud nunca alcanzada.

Eso es abrir nuestro horizonte. El Dios de Jesús que le ha resucitado nos resucitará a nosotros. Todo eso nos ha de llevar a vivir desde la gratitud. Ya no hay llanto ni dolor, la muerte ha sido definitivamente vencida. ¡Qué difícil es afirmar esta verdad indiscutible cuando lo que analizamos es la estadística y lo único que valoramos es la vida que sentimos amenazada de muerte! Por eso la noticia de la resurrección de Jesús es algo que queremos celebrar para sentir al igual que los apóstoles la alegría de saber que la muerte de Jesús no era el final de su vida, ya que le pudieron sentir de nuevo vivo entre ellos. Tendremos futuro. Tendremos Vida. Tenemos, ya, alegría. Porque tenemos un Dios grande con un corazón inmenso.